



HOJAS DEL ARBOL DE LA CUEVA

Pedro Plana Panyart *

* G.E. Edelweiss

La encina sagrada de Sotoscueva reunió al Concejo bajo su sombra durante las centurias que se regían por las siembras y los soles. La arrasó un viento de los cambios, hace ya muchos gobiernos.

Aún duraba la niebla de un tiempo sin cosechas, cuando a aquella tierra dura, llegó el primer Edelweiss, un grupo hecho de ilusiones y aventura. Y allí, impensadamente, la búsqueda de la Cueva burgalesa, la que habían soñado durante las lecturas que les animaron a andar, y durante las correrías por países en los que preguntaban por la brújula que les indicaría el camino que empezaban, logró su primer fin.

En 1956, el Grupo Edelweiss plantó la semilla del nuevo árbol de Sotoscueva, en algún lugar del soto del Guareña, o cerca quizá de la campa de Palomera. Por cualquiera de aquellos pagos hay un árbol sin nombre de especie, sin sombra apenas en los primeros años, que ha crecido ya con el paso

de tres o cuatro generaciones de gente con el mismo afán.

El tronco del árbol tiene ya una historia sólida. Sus ramas se extienden mucho más allá de la distancia a la que puede abarcar un hombre solo. Y la frondosidad de sus hojas forma un cuerpo que hace del árbol una creación envidiable.

El tronco es largo de describir. No es labor de una sentada. Las ramas, son tantas y abarcan tanto cielo, que habría que contar también las vidas de los pájaros y sus nidos, y las de las ardillas que conviven en ese mundo interior. Quizá sean las hojas lo más asequible. De una en una, pueden verse bien y se les puede leer el tiempo en sus venas verdes.

Voy a contaros, si me autoriza vuestra paciencia, las historias que laten en algunas de esas hojas, cogidas al azar.

PRIMERA HOJA

(de muy antiguamente.. ¡mente, mente!)

Alguna vez me contó Joli (que de cosas de prehistoria sabía

mucho), que el matrimonio lo había inventado un viejo chamán resentido por aquello de "la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser". Estaba harto de las bacanales y de la aldeaborroka que protagonizaban los jóvenes, de modo que un buen día les hizo descubrir la diferencia insultante en la forma de reírse que tenían los vecinos neandertales, y allí se fueron todos con la garrota dispuesta a cambiarles el rictus como era debido. Volvieron la mitad, pero cojos, mancos y con notables tocaduras de cráneo. Durante más de cinco años el chamán vivió en paz, pero los mocosos crecieron y la naturaleza misma hizo que volviera de nuevo la incomodidad social.

Experimentó la forma de sorberles medio seso mediante una sencilla trepanación, con lo cual los mozos dejaban de hacer ruido. Eso sí, no distinguían entre puercos y leones, de modo que no servían ni para dar avisos cuando estos últimos atacaban el poblado, pero podían levantar y

arrastrar pesos, por lo que aún eran útiles para muchas cosas. La pega era que no se dejaban coger y llevar fácilmente al potro, así que lo que el chamán ganaba en tranquilidad con el resultado, lo perdía en salud por el esfuerzo que le costaba.

Pensó mucho y trató de recordar los puntos flacos de su propia juventud. Por fin cayó en la cuenta de que mejor que el exterminio masivo o la idiotización, era la mordaza individual voluntaria, así es que promulgó el estado de pecado entre todos aquellos que practicaran el amor libre como siempre se había hecho, y obligó a que quien escogiera un sexo con el que holgar, lo hiciera para toda la vida amén Jesús. El resultado era parecido al de la trepanación, pero mucho menos costoso. Suprimió las cuatro esclavas que se hacían cargo de la guardería comunitaria y las cambió por una esclava dedicada en exclusiva a cada criatura que nacía. Los mozos olvidaban sus afanes de aventura, forzados a la caza de un puerco semanal y a la obtención de los frijoles diarios. Después entendió el chamán que la cosa solo sería cumplida a rajatabla si se establecía una vigilancia personal, y agregó la figura de la suegra.

¡Había cargado la lamparilla de aceite!

SEGUNDA HOJA (en 1966)

Burgos no fue nunca, que yo sepa, zona de actividad del maquis. A lo sumo quizá alguno transitara a bordo de un destartado autobús de La Serrana. Los más cercanos estuvieron limitados, en el norte, al área asturiana y cántabra, pudiendo haber llegado a la zona burgalesa de Bricia. Toda su larga lucha terminó hacia 1952, más o menos honrosamente, pero mayormente con

pena que con gloria.

Lo que aún quedaban en 1966, fuera de su ámbito, eran encapotados que no habían olvidado las consignas aprendidas. Esta predisposición de algunos elementos de la benemérita, hizo que en ocasiones, los espeleólogos, en nuestras correrías generalmente poco discretas, levantásemos las sospechas de algún número o del cabo (con más espolones) que nos había conminado a la identificación.

Por aquel tiempo el Grupo había remitido a diversos ayuntamientos un "saluda" con instrucciones para rellenar unas fichas de situación de cavidades que se les adjuntaban. Se recibió un buen número de ellas cumplimentadas con datos de interés. En concreto había tres: El Mueso en Hontomín, y Valdemiguel y La Rumiadera en el término de Masa, para las que había facilitado los datos la guardia civil del puesto local. Y allí nos dirigimos en autobús, un fin de semana de Marzo de 1966, José Mari Marrón, Ursus, Luiso Orte y yo.

Nosotros, casi aún, temerosos de Dios y de la Autoridad establecida por su gracia en la tierra, nos dirigimos al puesto de Hontomín, a solicitarles más información de las cuevas sobre las que ellos nos habían cubierto las fichas.

Tras nuestra identificación verbal, el número que nos había recibido empezó a darnos alguna indicación sobre el camino que debíamos seguir, pero inmediatamente tomó la palabra otro que nos inquirió:

-Y ustedes, ¿me demuestran que son de la Diputación?

Divagamos como pudimos,

explicándole lo que veníamos a hacer en las cuevas y ante su movimiento de vaivén con la cabeza, le fuimos sacando uno a uno todos nuestros carnets, pero la demostración acabó por no ser positiva. No teníamos ni un mal papel de crédito. El carnet del Grupo había existido solo en los primeros tiempos, pero los de la segunda generación fuimos siempre de "ilegales", arriesgando lo que no imaginábamos.



Recabando información de primera mano. Puras de Villafraña 1956. Fernando Luera, Epifanio (conductor), Joli, Rojo y un respetable payete. Foto Sicilia. (cedida por Félix Rojo)

-¡Las cuevas son refugio de guerra!. Ustedes no tienen por qué ir allí. Y ¡que no les encontremos dibujando en ellas!. Es lo mismo que si un señor se pone delante de la casa cuartel a sacarnos una foto. Pues nosotros salimos, le pegamos un tiro y ¡en paz!-

-¡Claro, sí!... ¡Si es lógico!... Pues, nada,... no se preocupen, que por nosotros no habrá ningún problema... Y muchas gracias por la advertencia, porque es algo en lo que no habíamos caído-. Procurando no darles tiempo a recordar más argumentos, fuimos retrocediendo hacia la puerta y lo más amablemente que pudimos nos despedimos de la autoridad.

Acampamos lejos y al día siguiente, temprano, hicimos nuestro trabajo en la Cueva Rumiadera o Rebulladera, pero con más cuidado por cualquier



Cueva Mayor de Atapuerca 1955. Florencio Ramírez, ?, Carmelo Macías y Félix Rojo. Foto Sicilia. (cedida por Félix Rojo)

asomo verde en el horizonte que en la técnica que nos unía al medio natural.

A partir de aquel año la Diputación nos extendió carnets individuales, sellados y firmados por el Presidente. Creo que nadie del Grupo volvió a tener jamás necesidad de mostrarle el suyo a alguien, al menos, en situación similar a aquella.

TERCERA HOJA

(otra de 1966)

Los campamentos en Ojo Guareña fueron siempre, en apariencia, como la peor pesadilla que hubiera podido tener un boy-scout bien mandado.

Cuando se montaban las tiendas, el primer día, daba gozo ver el colorido abigarrado de los toldos. Solían instalarse casi en óvalo, dentro de la campa de Palomera. Pero cuando iban llegando los últimos, tenían que intercalarse donde podían, poniendo las caras donde los vecinos tenían los pies. Al final, la campa, que estaba rodeada de

un murete bajo de piedra seca, parecía más un poblado celta que cualquier cosa de construcción premeditada. Pero todo funcionaba.

Tras la primera jornada de exploraciones, los buzos llenos de barro se tendían a secar sobre la hierba; los cascos, empicotados en los mástiles de las tiendas y unidos por el tubo a sus correspondientes carbureros, seguían emitiendo llama hasta agotarse. Los rollos de papel higiénico ocupaban las ramas más accesibles de las carrascas tras las que se camuflaban los aliviaderos. Alguno, que se había acordado de traerla, colgaba su toalla, y el que había tenido la suerte de que su bote volcara en los Siete Lagos o en el Guareña, tendía toda su ropa exterior e interior, mientras se paseaba en taparrabos (si había quien pudiera escandalizarse, que no era lo habitual).

Muy limpios y pulcros, no se podía decir que fuésemos los espeleólogos, aunque siempre ha habido excepciones y buenos ejemplos. Verbigracia: los pulcros modales de que hacía gala Arnulfo, que en una de las paradas alimentarias que hicimos en la Galería del Txocolatúa, embarrados todos hasta las orejas, al repartir el contenido de un bote de fabada abierto con los alicates y servido con la tapa doblada a guisa de cuchara, él sacó la servilleta de su servilletero y la extendió antes de proceder a ingerir las alubias utilizando su cubierto completo.

La organización, en general, puede decirse que era buena. Siempre se salía de Burgos con un plan trazado: Joli se encargaría de la fotografía, Potoño iría con la arqueóloga y atendería a las autoridades. La preparación y administración del material

correría a cargo de Baranda y de José Luis Puente. Melgosa sincronizaría los relojes y untaría el pivote de la brújula con grasa alemana, para que buscara bien el norte. La brújula y la cinta métrica las llevaría el Pedro, (para perderse mejor, puntualizaba Aurelio). Con los años cambió la lista de los responsables pero la complejidad del organigrama no se modificó mucho. Así, en el informe final a la Diputación siempre se destacaba que "los objetivos previstos se han cubierto en su totalidad".

Pocas veces sucedían cosas como llegar a la base de una chimenea que se debía escalar y percatarnos de que la pértiga se había quedado en el campamento. A decir verdad, creo que eso no pasó nunca. Y para otros pequeños olvidos siempre teníamos un Plan B, porque zonas de exploración alternativas nunca nos han faltado en Ojo Guareña.

Pero sí que tengo memoria de lo que nos supuso uno de esos lapsus, un día 26 de Agosto de 1966, recién descubierto el nuevo eje de la Galería del Aburrimiento. El Paso de los Tres era un obstáculo cuya superación hacía que el más organizado de los estrategias perdiera momentáneamente la concentración. Una vez pasado, se procedió al reparto del material que llevaría cada uno de los dos equipos que se formaban. Aurelio y los alaveses Luis Pérez y Mendoza, que habían estado con él en la jornada del descubrimiento, irían de exploración. Fernando Bastida, también del G.E. Alavés y yo comenzaríamos en aquel mismo punto la topografía de lo descubierto. En cuanto ellos se fueron, nos armamos de lo estrictamente necesario y dejamos el petate allí.

Iniciamos la labor, que se fue dando bien, y cuatro o cinco

horas más tarde decidimos volver al Paso de los Tres, para dar cuenta de la comida. Al abrir el saco que habíamos dejado, nos miramos mutuamente y sin preguntar nada remiramos alrededor buscando el otro, donde debía estar la intendencia. No había otro. Nuestros compañeros, siempre bien dispuestos, habían cargado con él y se lo habían llevado hacia el extremo desconocido del Aburrimiento.

Una vez asimilada la situación y aceptada la realidad, que consistía en que tendríamos que esperar a que los del equipo de punta terminasen su exploración y volviesen a pasar por allí para recogerlos, pensamos que la mejor manera de distraer el hambre sería reanudar el trabajo y así nos dispusimos a hacer jornada intensiva. Antes, no obstante, había que despabilar las luces y purgar los carbureros. Cuando fuimos a echar mano de la piedra de repuesto, caímos en la cuenta de que todo estaba en el mismo bulto, viajando a lomos de alguien en quién sabe qué galería remota, por lo que debíamos limitarnos a una limpieza de paso, sin repostar.

Regulamos el agua para no dejarla caer muy alegremente y economizar carburo, y volvimos a coger la brújula y la cinta. A cada anotación de rumbo mis tripas se revolvían en su lecho y cuando Fernando cantaba la distancia, le acompañaba un sordo rutar de su estómago.

Las horas transcurrían, muy lentas. Hicimos algunas paradas intentando modificar momentáneamente las condiciones de trabajo y tratar de que el hambre, cada vez más cegadora y obsesiva, no fuese la circunstancia que dominara en nuestro mundo.

Pensar en que a lo ancho de la tierra había mucho desvalido

que seguramente pasaría más hambre que nosotros, no nos aliviaba en absoluto, e imaginar lo contrario, o sea que algún mamón se estaría comiendo en aquel momento nuestra ración, hacía que nos subiéramos por las paredes.

Los carbureros fueron mermando la reserva. Cuando dieron ya una luz más pobre, tuvimos que recopilar las piedras de los dos para alimentar a uno solo. Entonces dejamos las pantomimas del trabajo y nos recogimos cerca del Paso de los Tres, en un punto por donde tuvieran que pasar y vernos, al regresar, los amigos del interior. Pensamos muchas veces, durante aquella larga jornada, que quizá hubieran tenido la suerte, para nuestra desgracia, de haber hallado otra salida. Entonces, transcurridas más de doce horas desde que habíamos entrado en la cavidad, nos parecía más evidente que el equipo explorador había salido por otro sitio, y que no debíamos esperarles a ellos, sino a otro equipo de rescate, que se organizaría cuando cayesen en la cuenta de nuestra situación, lo cual podía suceder al cabo de otras doce horas.

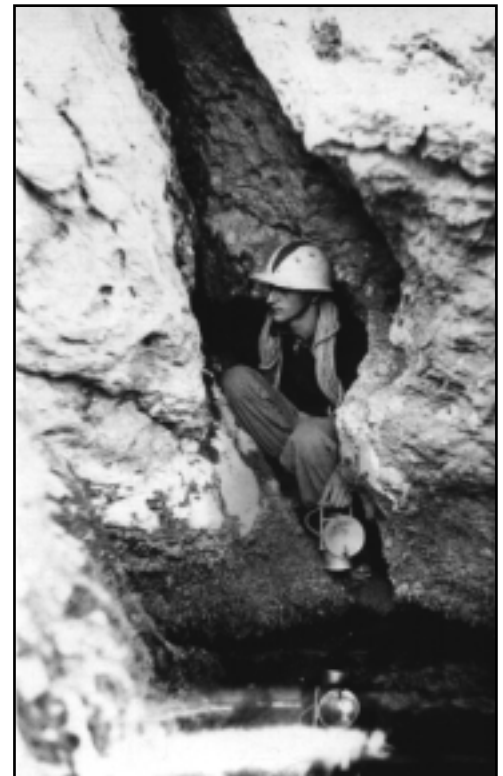
Adaptándonos al lugar con la idea de pasar allí la noche más larga que nuestros ya vacíos intestinos iban a afrontar, palpé, bajo unas piedras, una lata de conservas vacía, que debió de quedarse tirada, hacía dos días. La miré con avidez. Sí: tenía algún resto. En los rincones menos accesibles quedaban aún unos hilos sólidos de gelatina y grasa. Fernando me hizo que no, muy dignamente, con la cabeza. No pagaba el trabajo, pero con la punta de mi mini-navaja-mil-usos pude extraer una minúscula porción de lípidos sabrosos que se me fundieron casi instantánea-

mente en la superficie de la lengua.

No hubo más. La única luz que teníamos, mantenido el carburero en un lugar seguro, quieto y sin corrientes de aire, fue menguando con el paso de las siguientes horas hasta convertirse en un punto de luz amarillenta, sin dimensiones, sin ambiente, sin sombras, sólo un punto.

Aurelio, Mendoza y Pérez llegaron a un sifón terminal de la Galería del Aburrimiento, a más de seis kilómetros de recorrido continuo desde la Sima Dolencias. No hallaron la otra salida, así es que volvieron a desandar el trayecto.

Cuando llegaron al Paso de los Tres, habían transcurrido dieciocho horas desde que habíamos entrado en la cavidad y quince desde que nos habíamos separado en aquel mismo sitio. Dieciocho horas sin comer y sin repos-



José Luis Lamarca. Fuente Azul (San Pedro de Arlanza) 1955. Foto cedida por Félix Rojo.

tar los carbureros. El punto de luz aún seguía marcando el lugar donde dos sombras encogidas



Prospección mediante geófonos sobre la Sima Huesos. Ojo Guareña 1966. Foto J. L. Uríbarri. Archivo G. E. Edelweiss.

trataban de combatir, además, el frío.

Obviamente, desde entonces, aquel tramo de galería que habíamos topografiado sólo se podía llamar Galería del Hambre. Y lo de aquel día nos quedó como una interesante experiencia de abstinencia imprevista, que no tuvo mayores consecuencias, salvo la de que no volvió a repetirse.

CUARTA HOJA

(y sigue 1966. Fue muy fructífero)

El Cibeles se les había pegado a los del Grupo Alavés en una



Explosiones sobre el lapiaz de Sima Huesos. Ojo Guareña 1966. Foto J. L. Uríbarri. Archivo G. E. Edelweiss.

noche de potes por el casco viejo de Vitoria. "-Oye, y ¿vosotros qué hacéis?; ¿Y eso?, ¿para qué?; Pues, oye, ¡esto me gusta!". Lo tenían mitad de mascota, mitad de verruga. No tenía ni diecisiete años mal cumplidos. Ignoro su nombre tanto como el motivo de su apodo, pero puedo asegurar que no era porque su imagen recordara nada a la de la diosa madreñizada. Eso sí, compensaba su carencia de atractivo con una actitud siempre voluntariosa. A unos les caía bien por lo simple y lo espontáneo y también por la inquietud que mostraba al preguntar de todo. A veces tenía reacciones de pura lógica que parecían genialidades. Otros decían que algún día iba a provocar una desgracia, porque también era distraídillo y patoso. Le dosificaban las cuevas, en beneficio suyo y en el de la seguridad del grupo. Pero el Cibeles era majo y alegraba el campamento.

La campaña de Agosto de 1966 tenía dos objetivos primordiales: La exploración de la Galería del Aburrimiento, en la Segunda Axial, y encontrar por los medios que fuera la comunicación con la Chimenea de los Huesos, en el Sector Este. El primero de los dos respondía a un trabajo de preparación convencional. El segundo, era una novedad por la parafernalia que se estaba poniendo en marcha para alcanzarlo.

Se tenía preparada dinamita suficiente para abrir una cueva nueva, y se disponía de un técnico militar especialista en explosivos, que nos asesoraba. Contactos directos de Joli con mandos de la Academia de Ingenieros de Burgos, habían obtenido apertura de puertas en ese campo. El transporte de la dinamita, por un lado, y de los fulminantes, por otro, fue ya de por sí una aventu-

ra. Al atravesar un pequeño barranco, una caída del que llevaba los cebos envueltos en el fondo del macuto, dejó mudo a todo el personal.

Se empezó por fijar topográficamente el punto en el exterior que debía corresponderse con la vertical de la Chimenea de los Huesos. Nos llevamos un chasco cuando el final de la poligonal nos dejó sobre un campo llano cultivable. "-¡Vaya chapuza de replanteo!". Se marcó con banderolas un cuadrado de 50 por 50 metros, como tolerancia y perdón, y se empezaron a buscar aberturas en el lapiaz circundante, más bien hacia el norte. Cuando algo mínimamente prometedor aparecía, se atacaba y retacaba y se le ponían alas a rocas como frigoríficos.

El teniente Pazos, llamado ya familiarmente El Explosivos, además de preparar las cargas y darles el puntazo, bregaba después febrilmente entre los cascos como cualquiera más del grupo. Se excavó entre las piedras removidas por las voladuras, se inspeccionaron todos los resquicios que se abrían en el lapiaz, tratando de detectar la más mínima corriente de aire. Llegaron a inspeccionarse grietas de hasta once metros de hondo, pero de la comunicación, ni flores.

No recuerdo cuántas cargas se pusieron. Rondarían la docena. No se acabó la dinamita, pero decayeron los ánimos y la semana llegó a su fin.

El fuego de campamento calentaba la moral deshinchada. Por otro lado el resultado de la exploración del Aburrimiento compensó la balanza, y sobre todo, el Cibeles alegraba el campamento.

Aquella noche, sentado delante del Explosivos, el Cibe-

les le observaba hacía rato mientras se hablaba de nuestras dichas y desdichas y corría la bota. Por fin, se rasgó la oscuridad: "-Oye, Explosivos. ¿Verdad que todos los del chusco y la pólvora sois unos hijos de puta?". El tiempo se quedó helado. Todas las miradas se clavaron hipnotizadas en las llamas del círculo de piedras. Fue una pregunta franca, como todas las del Cibeles. Había oído algunas veces esa aseveración en la calle; él no había experimentado aún aquella vecindad que ya conocían otros que habían hecho la mili y tenía ahora la oportunidad única de aclararlo directamente mediante quien debía conocer la respuesta, por estar metido en el ajo. "-¡Hombre..., Cibeles!, no seremos tanto ni seremos todos, ¿no?".

Aquello solamente fue una anécdota de una noche del campamento del 66. Más tarde, al Cibeles le echaron del grupo. Lo supe al año siguiente. No me contaron por qué, pero debieron ganar las tesis de los pesimistas. Yo lo sentí.

QUINTA HOJA (1966 y seguido)

Tras el fracaso en los intentos del verano, en Enero de 1967 se decidió optar por Covanería como punto de enlace con el Sector Este. Sabíamos que por el fondo de esta sima tendríamos muchas posibilidades de comunicación, aunque no podíamos predecir el punto de contacto.

En la primera semana de Febrero se recibió, en la Diputación, una carta del secretario de Cueva de Sotoscueva, expresándose en términos indignados y transmitiendo el malestar de los vecinos de Cueva, a causa de que "los vecinos de Cornejo se han lanzado a la calle y han comenzado a abrir un túnel para comu-



Excavación en Covanería. Febrero 1966. Foto Aurelio Rubio.
(cedida por Pedro Plana Panyart)

nicar con las cuevas de Palomera y Kubía y aprovecharse de este modo del turismo...". Efectivamente, un grupo de obreros se encargó de las labores de zapa en los sedimentos de Covanería, "a cuenta de la Provincia". El día 26 de Febrero se había logrado profundizar seis metros bajo el fondo inicial, alcanzándose un laminador con 35 metros de longitud penetrable, que se correspondía morfológicamente con la zona de la Chimenea de los Huesos en el interior, pero la continuación de los trabajos parecía muy costosa.

No se avanzó más. El 2 de Abril, Blanca, Potoño y yo realizábamos la topografía de Covanería, en la que se reflejaban las galerías excavadas, y que no sufriría ya modificaciones considerables posteriores.

Pero la fiebre se había desatado entre la población. El martes 11 de Abril, Uríbarri, Marrón y menda fueron urgentemente a Cornejo, avisados de que en "un campo llano y antiguamente cultivado" existía un matorral donde, según recordaba un hombre mayor del pueblo, había

habido un hoyo poco profundo que su padre y él mismo habían ido tapando con piedras y tierra. Se excavó algún metro y apareció efectivamente un relleno de piedras y huesos, que se ajustaba a la forma de una sima tapada intencionadamente. Se encontró, finalmente, una herradura de buey, igual a otra que teníamos de la Chimenea de los Huesos. La esperanza fue entonces entusiasmo.

El domingo, 16 de Abril se organizaba una expedición ligera al Sector Este. La última que iría a pasar los Siete Lagos, partiendo de Palomera. Potoño, Aurelio y el suscribiente penetramos para auscultar a una hora convenida cualquier ruido que pudieran hacernos desde el exterior. Joaquín Plana preparó un artefacto de escaso efecto expansivo pero que debía hacerse oír, y lo enterró en el fondo de la excavación de la sima recién descubierta. A las cuatro menos diez de la tarde todo estaba dispuesto y había gran movimiento por parte de los organizadores y expectación de los acompañantes: Joli, Marrón, Blanca, Menchu,

Amelia, diputados provinciales, autoridades locales y los excavadores dirigidos por el presidente de Cornejo.

También a las cuatro menos diez, en el interior, desde un parapeto cercano a la chimenea, todo nosotros éramos oídos. Se acercaron las cuatro... y pasaron. Nuevamente el desánimo. ¡Espérennos!. A las cuatro y tres minutos se escuchó un golpe sordo seguido de un temblor corto. Había sido claro. No había ninguna duda. La Sima de los Huesos estaba localizada en el exterior.

El martes, 18 de Abril, nos avisaron por teléfono: Ya estaba abierta. Una excavación manual de tres metros verticales en tierra daba paso a la cúpula de roca de la chimenea. Aquella misma noche llegábamos Aurelio, Joaquín, Marrón y yo a la nueva boca de la Sima de los Huesos. En la oscuridad y con la única iluminación de los carbureros y linternas, el "pavor" que expelía aquel averno liberado se veía elevarse cinco o siete metros en el aire, formando una columna blanca que se descazaba disipándose en nube tenue. Así estuvo una semana echando una vaharada continua, que fue aflojando en intensidad, hasta casi desaparecer, al cabo de más de quince días. Climáticamente, la cueva había sufrido un reajuste muy notable. De madrugada del 19 hicimos el primer recorrido por la zona más bella del complejo tras descender los treinta y pocos metros de escala, de forma tranquila, sin tener que realizar la larga travesía desde Palomera.

Los periódicos informaban seguidamente: "La cueva de

Ojo Guareña, habilitada para el turismo".

SEXTA HOJA (*Hacia 1980*)

Pedro Ortiz Guerra era el juez de paz de la Merindad. Además era el tabernero de Cornejo. Desde las primeras exploraciones en las que participé, él y la señora Isidora, con sus hijos Mari Tere y Pedro Mari, tuvieron la puerta de su establecimiento abierta a todos, el mostrador siempre dispuesto para una cerveza, la mesa a punto para un almuerzo y la cocina encendida. También la bodega nos fue pronto familiar.

La sonrisa receptiva, entre el bigote negro y la papada blanca; el ademán pausado y la figura gruesa de Pedro, con los brazos entreabiertos y los nudillos apoyados en el mostrador, fueron siempre el primer contacto con Cornejo y las primeras noticias de lo sucedido en la Merindad o del cambio de estado de las cuevas, durante nuestra última ausencia.

La taberna de Pedro Ortiz fue siempre el centro de operaciones preestablecido o improvisado, el lugar de encuentro o parada obligada y donde recurríamos al avituallamiento de última hora en cuantas operaciones se realizaron en Ojo Guareña. Su techo nos acogió en tardes frías de lluvia, en noches de acampada imposible o en los mediodías más insoladores del verano norteño y sus paredes fueron testigos de muchas asambleas, organizaciones y conspiraciones. Allí hubo amor, calor, ilusiones y esperanzas.

Su marcha no fue brusca. Las puertas se fueron cerrando con su salud, justamente durante unos años en los que se fue extinguiendo también la activi-

dad en una cadena heterogénea de espeleólogos.

Para los que nos sucedieron, la apertura de nuevos bares en Cornejo fueron acontecimientos absolutamente naturales. Pero para los espeleólogos veteranos, la falta de la taberna de Pedro Ortiz fue una carencia notable. La "espeleología cívica" de aquellos años en Ojo Guareña no es reemplazable. Las cuevas seguirán, en muchos de sus rincones, igual. Pero a la hora de la retirada, cuando los cascos embarrados se amontonan en los maleteros de los coches, y en una parada breve se comenten los descubrimientos de la jornada o se planifique la siguiente, el sabor de la última cerveza en Cornejo ya no será jamás el mismo.

SEPTIMA HOJA.

(1986, año de Congreso)

-¡Eh, Míster!. ¡Por ahí no!. ¡Míster!. ¡Please!.

Mi atención estaba colgada en las recias estalactitas que pueblan el techo de la amplia galería de Cueva Kaite. Majestuosas, sin ninguna fisura transversal, como troncos verticales de cedros milenarios, las columnas de todo el bloque central de la cueva se yerguen desde el suelo hasta el techo, sin roturas ni cambios de dirección. Empezaba a ver aquel bosque, casi virgen, como si fuese un nuevo descubrimiento recién realizado. En el cliché de mi memoria tenía presente un bosque de estalactitas, muy similar al que estaba admirando, pero con las verticales truncadas a distintas alturas, por planos oblicuos provocados por un deslizamiento del suelo, que se había llevado algunos decímetros hacia el sur a toda la mole estalagmítica, a favor de la pendiente estructural

del cejo, resbalando en la arcilla subyacente de la galería.

Pero las columnas se me presentaban, en realidad, enteras, rectas y soberbiamente enhiestas, mirándome por encima del hombro de una gruesa estalagmita coalescente, ligeramente más baja, como si me recriminaran por haber dudado de su entereza.

La soliflucción que yo tenía clarísima en mi imagen mental no existía.

Diez años de destierro han cambiado mis paisajes subterráneos; los han despojado de una morfología que parecía haberse fijado en mi vida con aquellas impresiones fuertes de las primeras exploraciones y que, sin embargo, han evolucionado con el paso del tiempo, destructor de las imágenes, reblandeciendo y deformando la gelatina y la emulsión de los clichés archivados.

-¡Por ahí no, Míster!- Miguel Angel Martín había abandonado el grupo y se dirigía hacia mí, sorteando las estalagmitas, por fuera del cordón que limitaba el itinerario de las visitas turísticas. Me volví y rehice unos pasos hacia él.

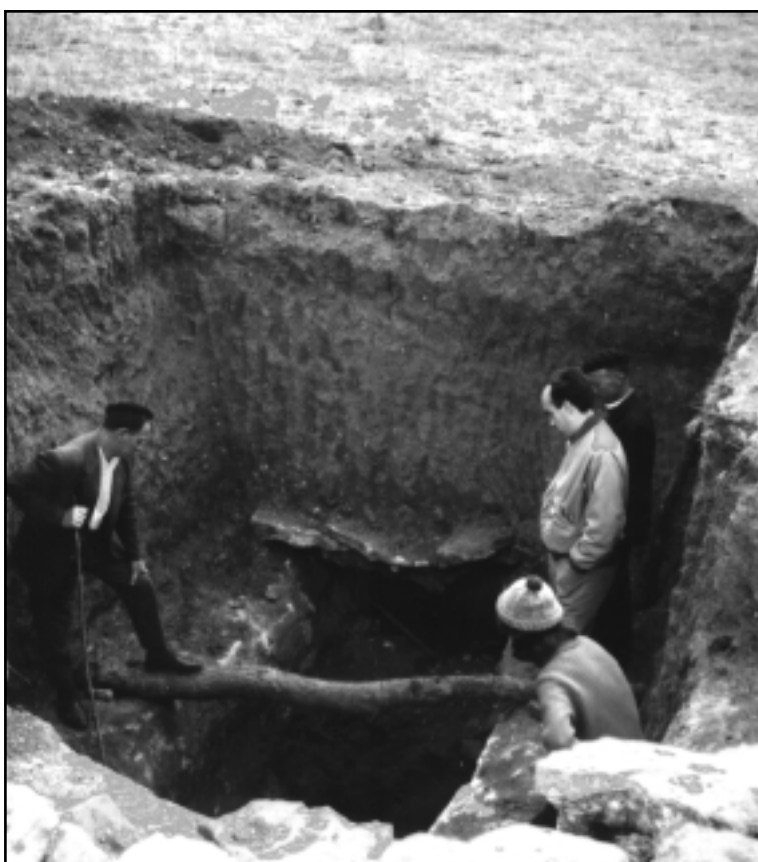
-¡Anda, coño!, si eres tú. He visto una luz fuera de la manada y pensé que eras uno de los yanquis, que andaba de furtivo.

No había vuelto a pisar Cueva Kaite desde 1969. Cuando me dijeron que se había estado haciendo obras de habilitación turística en el interior, abriendo brechas en alguna colada para facilitar las visitas del personal, pensé que aquella cueva ya no volvería a ser la que habíamos estado topografiando el año anterior y ya no puse ningún empeño por volver a verla. Después vino la larga estancia en Galicia, que me apartó de la actividad espeleológica.

Hace poco, al describir el entorno de Ojo Guareña desde mi retiro casi monacal, para un artículo de nuestro boletín, hice alusión a esta cueva refiriéndome a la evolución morfológica del macizo kárstico que, afectándole de movimientos epigénicos tardíos, debe haber contribuido en buena medida a potenciar el desnivel existente entre distintas galerías, creadas y evolucionadas de forma freática en unos nive-

1986, con motivo de un campamento en Ojo Guareña ligado al 9º Congreso Internacional de Espeleología.

Es necesario, pues, rectificar este lapsus, aunque esto no desvirtúa en absoluto la esencia de aquel artículo ya que mi imagen tuvo su origen en alguna parte no muy lejana. Pido mil excusas si a alguien, que haya buscado lo que yo en Cueva Kaite, he causado per-



Excavación manual sobre la Sima de Los Huesos. Ojo Guareña 18/04/1966. José Luis Uríbarri, Blanca Gonzalez y otros. Foto Pedro Plana.

les mucho más cercanos entre sí que los actuales.

Me apoyé entonces en esa soliflucción que una imagen mal recordada me ha hecho cambiar de lugar, y cuya inexistencia en Cueva Kaite me evidenció esta visita colectiva, en Agosto de

plejidad. En adelante trataré de afirmar mis descripciones basándolas más en las viejas notas de diario contemporáneas de las exploraciones, que en reconstrucciones de flaca memoria. Y trataré de reencontrar los paisajes perdidos.

OCTAVA HOJA

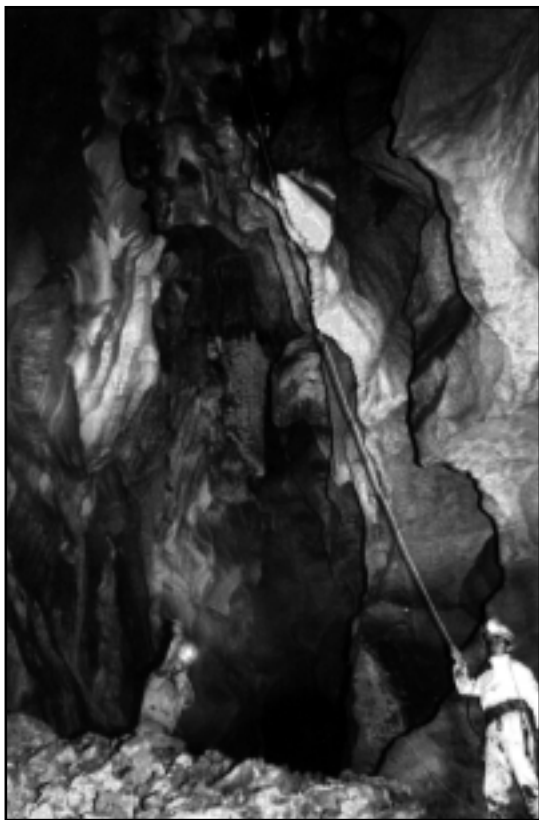
(21/6/1991, en el 40º aniversario)

Cuando falla el ordenador o simplemente la luz se va, solo queda la oscuridad de la falta del progreso, que se ha hundido por la debilidad de un fusible.

Un trozo de papel desenterrado, un bolígrafo, que nos unen a un tiempo olvidado que aún no se ha cubierto totalmente de polvo, pueden salir de un rincón impensado y salvarnos. Quizá sea el primer papel largamente garabateado en varios años.

Hoy era preciso.

Nos hemos juntado, nuevamente, viejos camaradas en el Salón de Estrados de la Diputa-



Sima de los Huesos. Febrero 1966. Foto Aurelio Rubio. (cedida por Pedro Plana Panyart)

ción. Ayer algunos nos mirábamos con recelo de oponente, pero hoy nos sentimos unidos por la

fuerza predominante del recuerdo de lo que ellos y yo éramos. Y éramos, juntos, porque de aquel común sentir vivíamos. Trozos de tiempo felizmente gastado y de senderos andados; memorias de sudor y de barro; papeles envejecidos guardados en cajones que han sufrido cinco éxodos; papeles acariciados con el anhelo de convertirlos en libros.

Hoy he estado con el espíritu vivo y nervioso de la aventura, un ser que parece formado solo de tendones inquietos, moviéndose alrededor de un micrófono que le estorbaba en las manos, que necesitaba tener libres para hablar con nosotros, para moverlas entre quienes se movía y no para cruzarlas sobre la mesa de conferenciante. Eraso está vivo y se mueve. Esta vez nos pone a viajar bastante lejos: "Karst en materiales no carbonáticos: las cuarcitas de Sudamérica y el hielo de los glaciares polares", y este viaje a la Antártida, de la que viene y a la que se vuelve, acaba siendo nuestro.

Paralelamente, junto a mí, y en una voz más o menos baja, Joli me cuenta historias de otro tiempo.

- "Esto, ... ¡de teniente, de teniente!", me decía el general Centeno cuando yo le llevaba la paga a su casa. Vivía en la calle Madrid. Entonces era ya casi centenario-

Joli rebufa entre palabras para seguir existiendo, pero no pierde la trama. Estuvo algunos meses en Pagaduría cuando hizo la mili, y allí tenía el cometido, en ocasiones, de llevar la paga a algunos militares retirados.

-Un autor francés del que no recuerdo el nombre- sigue contándome, -escribió una novela, hacia los años cuarenta, en la que hacía aparecer al general Centeno, buscador de los archi-

vos de Napoleón y del tesoro de Pedro I. Era todo un personaje pintoresco como Búffalo Bill. Tieso y encorsetado cuando se paseaba, aún a sus noventa años. El francés lo había conocido en un viaje a Burgos-

Fito nos echa alguna mirada de reojo sin dejar de explicarse, como reivindicando el espacio acústico. Pero Joli no se da por aludido. Quizá piense que es más importante dejar algo de herencia que recibir conocimientos que no ha de usar.

Entre diapositivas y en el entreacto, Joli sigue desgranando anécdotas. Vuelve a contarme las pantomimas que Centeno montaba para hacer aflojar la mosca a los mecenas y colaboradores económicos de sus excavaciones en el Castillo de Burgos: -Cuando aparecía alguna nueva oscuridad en el subsuelo, quedaba de acuerdo con uno de sus trabajadores para que, después del café, a las cinco en punto, le llevase el recado al Casino. Él, entretanto, había dado el parte pormenorizado de los avances que se iban haciendo y explicaba a sus contentulios el momento crítico en el que se encontraban las excavaciones y que, si de un momento a otro, en la galería donde estaban trabajando, llegaba a escucharse al picar un eco sordo, era la señal inequívoca de que ya tenían la cámara localizada. Cuando el conserje del Casino anunciaba al general que uno de sus obreros estaba en la puerta, los del corrillo perdían el culo por bajar a conocer en directo las novedades que le traía. El resultado solía ser el libramiento del importe de nuevas acciones-

-Pero la estrella de Centeno declinó hacia los últimos años de sus trabajos y hubo períodos de decaimiento en la fe de los mecenas, con lo que los sueldos de

una peseta diaria que pagaba a sus trabajadores tuvieron que reducirse en número. Entonces empleó, en las labores de superficie, a algunos gitanos que dieron un rendimiento ejemplar y a los que tenía bien instruidos. Puesto que él solo podía estar presente en las excavaciones durante algunas horas, los patrocinadores celosos de la productividad del capital invertido, solían subir al Castillo en momentos en que sabían que podrían inspeccionar el trabajo que les estaba haciendo el general. Cuando los gitanos eran preguntados por el número de gente que trabajaba allí, la respuesta era tajante: "Diez. Los demás están abajo".

-Cierto es que en el interior se trabajó, y mucho. Centeno llegó a descubrir diversas cavidades, entre ellas el aljibe subterráneo, al cual llegó a través de una galería excavada por sus hombres.

Terminada la conferencia, saliendo del Salón, la nueva progresía burgalesa forma un enjambre que oculta al sabio. Un personaje bajito y calvo baila alrededor, hurgando para engancharse. Comienzan a hablar y parece que lo hacen de momentos vividos. La gente hace sitio respetuosamente, mientras algunos emiten conjeturas acerca de la identidad de aquel ilustrado que habla de dietas alimentarias especialísimas para los expedicionarios polares. Alguien cree reconocerlo como el profesor Tal, muy versado en dietética astronáutica.

Por fin el cinturón intelectual va deshilachándose. El profesor Tal ha olvidado unos apuntes y Eraso presenta un flanco desprotegido, que aprovecho. "- ¡Qué bien te lo has montado!. Me das envidia. ¿No podrías

hacerme un hueco de 'canutero'?". Sin ofrecerme cuerda, parece querer interesarme por los problemas de la orientación geográfica en la Antártida. No pueden llevar teodolito giroscópico por lo reducido del equipo y no les sirven las estrellas porque solamente están allí durante el verano polar, siempre de día. (El GPS aún no era operativo, entonces).

A cada punto y aparte de nuestra corta charla, el profesor Tal, que ya ha debido encontrar sus apuntes, vuelve a caérsele encima, hablándole de las maravillas proteínicas de una sustancia gris preparada por un prestigioso equipo japonés a base de los extractos de una determinada planta descubierta en la pampa argentina. Es un vendedor pegajoso que quiere llevárselo a cenar, con el propósito de que la próxima expedición española a la Antártida vaya racional y óptimamente alimentada y con la banderita de la marca comercial bien visible.

NOVENA HOJA

(1984. *Válido en todo tiempo*)

Los de Aquel Grupo somos ya como la orilla del Arlanzón. Con el tiempo nos va reapareciendo, en uno y otro, el fantasma de la Vieja Gloria mal enterrada; del trasto oxidado que en vez de retirarse voluntaria y honrosamente hacia la vitrina de un museo monográfico, para servir de objeto de estudio o recuerdo de pesadillas superadas, se empeña en lubricarse y salir de nuevo a la lidia hasta que lo saquen a rastras y lo jubilen forzosamente como chatarra insertible. Aquello de los galanes (algunos) que han sabido envejecer ante las cámaras, no parece poderse aplicar en nuestro campo.

Seguramente es la eterna sensación de que durante toda nuestra vida de espeleólogos hemos estado haciendo las labores ingratas para que otros pudieran dedicarse a la actividad creativa. Pregonamos, tratando de autoconvencernos, que no nos importa el sacrificio que hacemos, y al final, cuando la labor creativa ha pasado también al olvido de todos, cuando solo una mínima parte del resultado obtenido de todo aquel tiempo invertido queda encajado como cuñas de apoyo en el trabajo elaborado por un especialista renombrado que ni siquiera nos recuerda en un mínimo pié de página, entonces es cuando la angustia del vacío de toda una vida se desborda y tratamos de abandonar de un pretendido salto nuestra silla de ruedas y la manta que nos alivia el reuma adquirido en las frías aguas del Guareña y gritamos, roncamos, como queriendo reunir otra vez a nuestras mesnadas, que han de seguir aún en pié, como si el tiempo se hubiese helado en aquel día en que nadie de nosotros tenía otra cosa mejor con que llenar el corazón, que la quietud húmeda de nuestra cueva.

Pero el tiempo no es un bloque de hielo en el que los recuerdos estén siempre a punto de seguir palpitando en nuestra mano, sin romperse. Hace calor, a ratos, en este mundo. El llanto de nuestro hijo, que despierta en la oscuridad de su cuarto y no comprende dónde está, no es parte de ese vapor escarchado que brilla como el tiempo al que quisiéramos volver. Y nos hace pisar fuerte en un suelo real en el que ya llevamos mucha vida sin querer ser conscientes de ello.

Pedro Plana Panyart. Burgos, Mayo 2001